

Entrevista a Miguel Ángel Montezanti

Beatriz Cagnolati, Ana María Gentile

y María Laura Spoturno

Miguel Ángel Montezanti nació en la ciudad de Bahía Blanca, donde recibió su educación primaria y secundaria. A los dieciocho años, se mudó a La Plata con el propósito de iniciar estudios universitarios en el marco del Profesorado en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de nuestra Universidad. Prontamente, su inquietud por las letras inglesas lo llevó a realizar estudios en el Profesorado y Traductorado en Lengua Inglesa. Su tesis de doctorado, defendida en 1983, fue una contribución significativa al conocimiento del lenguaje lírico en la obra de Shakespeare. Nuestro colega ha desarrollado una carrera fecunda no solo como docente de Traducción literaria y Literatura Inglesa e investigador sino también como traductor literario y poeta, condición que le ha valido distinciones y premios. Entre los poetas que ha traducido se cuentan, además de Shakespeare, T.S. Eliot, Wilfred Owen y Philip Larkin y las poetas Stevie Smith y Kathleen Raine. Sus obras más recientes son el volumen de poesía *La fuerza que te habita* (Aliosventos Ediciones, 2020) y *Sonetos amorosos del Renacimiento Inglés I*, una traducción crítica de poemas de Michael Dayton y Bartholomew Griffin (Eudem, 2021). En la actualidad, Montezanti es profesor titular de Traducción Literaria en Inglés 1 y 2 del Traductorado Público en Lengua Inglesa y de Literatura Inglesa para la carrera de Letras en nuestra Universidad. Es, asimismo, investigador de CONICET, con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP/CONICET).

En esta entrevista, el Prof. Miguel Ángel Montezanti nos habla de los desafíos de una vida dedicada a la traducción literaria y su enseñanza en el Traductorado Público en Inglés.

*¿Cuáles son los mayores desafíos que ha enfrentado como docente de traducción literaria?
¿Hacia dónde deberían orientarse nuestros esfuerzos en el aula en la actualidad?*

El mayor desafío en traducción literaria es graduar los niveles de dificultad. Un texto que parece sencillo al profesor puede resultar escabroso para el alumno y viceversa. Esto puede comprometer la objetividad de la corrección. Nuestros esfuerzos deben volcarse a enseñar a escribir bien en castellano o español. El dominio de la propia lengua debería ser el punto de partida para esta carrera, pero por muchas razones no lo es. Una especialista declara que estamos volviendo a la oralidad en el peor sentido de la palabra: la abreviatura, la inmediatez, el

vértigo de las redes, todas estas son manifestaciones del casi inconsciente descuido por la prosa clara y rica.

A lo largo de su carrera, ha de haber pasado momentos extraordinarios en clase. ¿Quisiera compartir alguno de esos momentos?

En verdad fue la última clase de 2019 y, curiosamente, de mi carrera docente, por las razones que conocemos. Noches de insomnio o alguna zozobra la precedieron. Habiéndome dedicado a la traducción de los *Sonetos* de Shakespeare, les pedí a los alumnos que trajeran algún soneto renacentista. Para ello les di nombres de muchos autores. Quería probar de traducir el soneto elegido con ritmo y con rima durante la clase. Dado que son centenares los sonetos isabelinos, era probable que yo no conociera el soneto elegido. Y no lo conocía. Era un soneto de Henry Constable. Lo leímos tratando de entenderlo y de glosarlo en traducción. Después, tiza y pizarrón para escribir endecasílabos con rima consonante. Yo estaba en igualdad de condiciones que los alumnos, que no eran muchos. Por momentos se producían grandes silencios, mientras cada cual buscaba qué palabra podría rimar con aquélla, cómo acertar con una métrica correcta y esto procurando preservar alguna imagen y, por supuesto, el sentido. Al cabo de las dos horas de clases habíamos traducido dos cuartetos, y muy aceptablemente. Nos quedaban seis versos, adjudicados como “tarea para el hogar”. Era, como dije, la última clase. Los alumnos percibieron que *podían* hacerlo. Pasada la zozobra de la que hablé, sentí que había sido, acaso, la clase más feliz de mi vida. Es que no di clase, fui a clase con mis alumnos, que en cierto modo dejaron de serlo en esa ocasión.

Escribir, leer, traducir, enseñar... ¿cómo se articulan estas tareas en la vida diaria?

Como dije anteriormente, la escritura, al menos, está en decadencia. De pequeños nos hacían escribir cartas en la escuela; para el compañero ausente o enfermo, para la Cruz Roja, para la Municipalidad. ¿Quién escribe cartas ahora? Desdichadamente nuestros alumnos, a menos que tengan una vocación por la lectura y la escritura, no practican sino excepcionalmente la última. Hacen muy bien en la carrera al pedirles ensayos... pero en inglés (lo cual es lógico). La que sale malherida es la lengua materna. Hay que enseñarla con buenos modelos literarios y casi desde el principio. La comunicación por medios electrónicos ha devastado el cultivo de la lengua. Creemos que por *wp* o por *e-mail* podemos permitirnos omisiones, fallas de puntuación, etc. Y en efecto, en la comunicación vertiginosa se permite esto. Pero ¿qué sucede cuando esto se traduce en hábitos acríticos respecto de la propia escritura?

En alguna charla que dio este año, afirmó que “la poesía es un hacer”. ¿Qué es lo que se hace? A partir de su vasta experiencia, ¿cómo definiría su métier como traductor de poesía?

Así la quisieron los griegos, que sabían de esto: “Poietés” deriva de un verbo “poiéin”, que significa “hacer”. Esa raíz la tenemos en la terminación “peya”, por ejemplo “etopeya” u “onomatopeya”. El poeta o el artista *hace*, con la vastedad que esta palabra despliega. Es decir construye algo por medio de palabras. Me gusta más esta visión que la del Romanticismo, “arte como expresión”, que no es desacertada, pero conduce muchas veces a rastrear qué le pasaba al artista al tiempo del hacer, y así la obra se transforma en un pretexto para ese rastreo. Lo que no está ciertamente mal, pero, en mi opinión desvía el foco de atención hacia otra parte.

En el caso de la traducción, el poema ya está hecho y creo que esto se aplica especialmente a la poesía: ahora hay que “hacerlo de nuevo”, con otra materia prima —si se me disculpa esta expresión—: porque las palabras originales ya no se pueden usar.

Citamos también aquí sus palabras: “la traducción es mezcla de dos sentimientos: angustia y placer”. ¿Qué recomendaciones les daría a las nuevas generaciones en función de esos sentimientos?

Les diría que exploraran su intimidad para ver hasta qué punto están preparados para la polaridad “angustia”, “placer”. Pero no: les diría que prueben traducir, en especial textos literarios. La angustia y el placer vendrán solos. Lo importante será que haya un equilibrio entre ambos. La angustia procede de verificar que el resultado de la traducción nunca es el mismo que el del texto de origen. ¿Cómo habría de serlo, si son dos sistemas diferentes? Esto hay que meditarlo de antemano, para que la angustia no nos gane por completo. El placer proviene de comprobar que hemos acertado ocasionalmente con una buena solución, aunque sea efímera. Pero cuando nos hemos autoimpuesto la tarea de traducir, el placer proviene del simple (¿simple?) hecho de que estamos ante nuestro *métier*, que estamos solos frente al texto o frente al autor, que la solución depende de nosotros, que nuestra responsabilidad (y diría, nuestra desnudez) son innegociables. Es un placer complejo, por eso lo he asociado con la angustia.

¿Usted encontró la traducción o la traducción lo encontró a usted? ¿Cómo han transformado la traducción y la docencia su vida?

Dice Hamlet que hay una especial Providencia en la caída de un gorrión. Opino que hay algo de providencial en la respuesta a su pregunta. Estudié inglés para poder dedicarme a la Literatura Inglesa. Unas pocas materias más habrían de darme acceso al título de Traductor Público Nacional. No recuerdo haber ensayado traducir antes de eso; sí después: el libro de *Baladas* es de 1980; el de *Sonetos* de Shakespeare, de 1987; *El tórtolo y la fénix*, también de Shakespeare, de 1989. Por ese entonces me hice cargo de la materia Traducción Literaria en Inglés, además de la cátedra de Literatura Inglesa, de la cual fui en principio Profesor Adjunto. Mis dos actividades se han alimentado entre sí. Pero debo decir que si he obtenido becas, participado en congresos, simposios, jornadas, ha sido principalmente por el interés que ha despertado mi actividad como traductor de poesía, algo que no podría haberme imaginado al tiem-

po de mi graduación. Por eso les aconsejo a los estudiantes que, si les es posible, cumplan las dos carreras, que tienen muchas materias en común. Son tiempos arduos y el doble título mejora los puntajes para desempeñarse, habitualmente, en docencia.

Mi actividad como traductor ha alimentado definitivamente a mi actividad docente. Muchas veces he echado mano de mis propios problemas como traductor para explicar algo en la clase. Diría, ejemplos de primera mano. No sé si es tan clara la influencia de la docencia para la traducción. Pero sí, toda vez que ser docente significa *traducir*, esto es trasladar, inducir, transponer, orientar, casi entregar la vida para aprovechamiento del estudiante, a fin de que perciba cuánto de su profesor o profesora está jugado en esta aventura. Tal vez no sea una traducción lingüística; o tal vez sí. A través de la lengua, de los gestos, de la presencia, de los textos escogidos, se produce este maravilloso trasvasamiento que cumple las dos rutas: desde el profesor al estudiante y desde los estudiantes al profesor. La docencia nos iguala, como trato de mostrar en la respuesta formulada anteriormente. Enseñamos a nuestros estudiantes y aprendemos desde ellos. El ciclo, enhorabuena, no ha de terminar nunca.

Como corolario, compartimos a continuación el bosquejo de la traducción aludida en las palabras del profesor, que fue realizada en una clase de dos horas inolvidable⁶⁹:

My Lady's presence makes the Roses red

MY Lady's presence makes the Roses red,
Because to see her lips they blush for shame.
The Lily's leaves, for envy, pale became,
For her white hands in them this envy bred.
The Marigold the leaves abroad doth spread,
Because the sun's and her power is the same.
The Violet of purple colour came,
Dyed in the blood she made my heart to shed...
From her sweet breath, their sweet smells do proceed;
The living heat which her eyebeams doth make
Warmeth the ground, and quickeneth the seed.
The rain, wherewith she watereth the flowers,
Falls from mine eyes, which she dissolves in showers.

Henry Constable (1562-1613)
(Ed. 1907, 204)

Bosquejo de una traducción colaborativa en curso

Hace mi amada a las rosas rojas
Ver sus labios las llenan de vergüenza
Del lirio blancas vuélvense las hojas
Por sus manos la envidia se hace densa
La caléndula hojas ha soltado
Y el del sol el mismo son
La violeta se viste de morado
Y ella hizo sangrar mi corazón...

⁶⁹ Agradecemos especialmente al grupo de estudiantes que participó de la traducción por la autorización para publicar este fragmento.

Referencias

- Constable, Henry (1907). My Lady's Presence Makes the Roses Red. En William Stanley Braithwaite (Ed.), *The Book of Elizabethan Verse* (204). Boston: Herbert B. Turner & Co.
- Drayton, Michael y Bartholomew Griffin. (2021). *Sonetos amorosos del Renacimiento Inglés I*. Traducido por Miguel Ángel Montezanti. Mar del Plata: EUEM.
- Montezanti, Miguel Ángel (2020). *La fuerza que te habita*. Querétaro: Aliosventos Ediciones AC.
- Shakespeare, William (1980). *Baladas inglesas y escocesas*. Traducido por Miguel Ángel Montezanti. La Plata: Mako.
- Shakespeare, William (1987). *Sonetos completos*. Traducción, prólogo y notas de Miguel Ángel Montezanti. La Plata: UNLP. FAHCE.
- Shakespeare, William (1989). *El tórtolo y la fénix: Tres ensayos poéticos*. Traducido por Miguel Ángel Montezanti. La Plata: UNLP.